

REFORMA

Volumen 1 – Sermón No. 238

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
13 DE FEBRERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Hechas todas estas cosas, todos los de Israel que habían estado allí salieron por las ciudades de Judá, y quebraron las estatuas y destruyeron las imágenes de Asera, y derribaron los lugares altos y los altares por todo Judá y Benjamín, y también en Efraín y Manasés, hasta acabarlo todo”
2Crónicas 31:1***

Es un espectáculo agradable contemplar a los miles reunidos para adorar a Dios, pero es lamentable reflexionar con qué frecuencia la reverencia que se exhibe en el santuario se pierde cuando se pasa el umbral. Con qué frecuencia se olvida el discurso más ferviente del predicador, y se vuelve como “la nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada”. Muy a menudo subimos a la casa de Dios e imaginamos que hemos cumplido con nuestro deber cuando hemos pasado por la ronda del servicio, satisfechos de nosotros mismos, volvemos cada uno a casa del hombre.

¡Oh, que recordáramos que la predicación del Evangelio no es más que la siembra! después debe venir la siega. Hoy ponemos, por así decirlo, la primera piedra de un edificio, y de ahora en adelante ese edificio debe ser construido, piedra por piedra, a través de su práctica diaria, hasta que al final se saque la piedra superior con gritos de gozo y alegría.

Bien dijo la mujer escocesa, cuando su esposo le preguntó a su regreso de la casa de Dios más temprano que de costumbre: “Esposa, ¿ya terminó el sermón?” “No, Donald”, dijo ella, “está todo dicho, pero no ha comenzado a ser hecho”. Había sabiduría en sus concisas palabras, una sabiduría que olvidamos con demasiada frecuencia. La oración es el fin de la predicación. Reforma, conversión, regeneración: estos son los fines del ministerio, y una vida santa debe ser el resultado de tu adoración devota.

Hemos leído en vuestros oídos la historia de la gran pascua, que se celebró en los días de Ezequías. Uno casi envidia a los hombres de ese tiempo, casi deseáramos que pudiéramos ser llevados atrás algunos miles de años, que pudiéramos haber estado allí para ver los solemnes sacrificios, para contemplar a los sacerdotes, mientras con semblantes alegres cantaban las alabanzas de Dios, y haberse mezclado en esa multitud incontable, que en una hora se detuvo

para escuchar al levita, en otra hora se reunió alrededor del sacerdote, otra vez en otra estación batieron sus manos de alegría al sonido de las trompetas de oro, y luego salieron rivalizando las trompetas con el magnífico sonido de su alabanza vocal.

Pero amados, cuando esa escena se desvaneció y la multitud se hubo ido a sus hogares, Ezequías podría haberse sentado y llorado si no hubiera habido un efecto apropiado de una reunión tan grande. Isaías el profeta, no lo dudo, fue uno de los más alegres de toda la multitud. ¡Oh, cómo latía de gozo su noble corazón, y cuán elocuente era su lengua seráfica cuando predicaba entre la gente y exclamaba: “¡Eh, todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis dinero! venid, comprad y comed; sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio”.

Pero en verdad hubiera estado triste su corazón, a pesar de toda la deliciosa emoción del día, si no hubiera visto algunas consecuencias gloriosas que resultaron de los ministerios y de las grandes reuniones del pueblo. En nuestro texto se nos informa que la pascua no terminaba con los siete días narrados dos veces de su celebración extraordinaria. La pascua, es cierto, podría terminar, pero no sus efectos benditos.

Ahora bien, hay tres efectos que siempre deben seguir a nuestra asamblea solemne en el día del Señor, especialmente cuando nos reunimos en tal número como el presente, con gritos de alegría y acción de gracias. Deberíamos ir a casa y primero romper nuestros falsos dioses, en seguida, cortar las mismas arboledas en las que hemos estado acostumbrados a deleitarnos, y después de eso quebrantad los altares que, aunque dedicados al Dios de Israel, no son conforme a la Escritura, y por lo tanto deben ser derribados, aunque sean incluso dedicados al verdadero Dios.

1. Para empezar entonces, el verdadero resultado de todas nuestras reuniones debe ser, en primer lugar, ROMPER EN PEDAZOS TODAS NUESTRAS IMÁGENES.

“No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Todo lugar está delante de Dios. Todo está ante Su rostro y abierto a Él. Por lo tanto, por este mandamiento entendemos que de ninguna manera y en ningún sentido debemos tener otro dios, sino el Señor, nuestro Dios. ¡Qué preguntas!, ¿somos una nación de idólatras? ¿Puede este texto pertenecer a nosotros? ¿No sería esto un reproche apropiado para dirigirse a los indostaníes, o para hablarles a los ignorantes habitantes del centro de África? ¿No podríamos exhortarlos a servir a Jehová y hacer pedazos los dioses de sus padres? Seguramente podríamos.

Pero no imagine que la idolatría se limita a las naciones de un tono moreno. No es sólo en África donde se adora a los dioses falsos, los ídolos también se adoran en esta tierra, y por muchos de ustedes. Sí, todos nosotros, hasta que somos renovados por la gracia divina, adoramos dioses que nuestras propias manos han hecho, y no tememos, amamos y

obedecemos al Dios vivo con nuestro homenaje completo y exclusivo. Sin embargo, una vez que la gracia sea recibida en el corazón, que el alma sea renovada por el Espíritu Santo, una vez que beba en la vida libre de Jesús, y estos dioses falsos deben ser quebrantados de inmediato.

El primer dios que es adorado entre nosotros es uno llamado auto justificación. Los fariseos eran los sumos sacerdotes de este dios, quemaban incienso cada mañana y cada tarde ante él, pero aún le quedan diez mil veces diez mil adoradores. Entre vuestras clases respetables de la sociedad, él es la divinidad recibida. Si un hombre es respetable, lo considera suficiente. Entre vuestros moralistas, este es el gran dios ante el cual se inclinan y adoran. No, entre los mismos pecadores, hombres cuyo carácter no es moral, sin embargo, hay un altar a este dios dentro de sus corazones.

He conocido a un borracho farisaico, porque ha declarado que no juraba, y he conocido a un blasfemo farisaico, porque confiaba en que se salvaría porque no robaba. Hasta que lleguemos a conocer nuestra propia condición perdida y arruinada, la justicia propia es el dios ante el cual cada uno de nosotros nos postraremos. Oh, mis queridos amigos, si hemos adorado a Dios en esta casa hoy, vayamos a casa decididos a asestar un golpe, con la ayuda de Dios, a la justicia propia, vayamos a casa y postrémonos ante Dios, y clamemos:

“Vil y lleno de pecado soy yo”.

“Señor, confieso ante ti que no tengo buenas obras en las que confiar, ni justicia propia en la que pueda confiar. Desecho mis jactancias, vengo a Ti como un pecador pobre, culpable e indefenso, 'Señor, sálvame, o perezco'”. Esa es la manera de derribar a este dios. Pablo una vez adoró a este poderoso, y lo adoró tan bien, que después de “la secta más estricta de su religión, vivió como un fariseo”. Nunca, en su opinión, un hombre tan bueno como él. Sirvió a este dios con toda su mente, alma y fuerza. Pero una vez, cuando iba a Damasco a sacrificar a este dios con la sangre de los creyentes en Cristo, el Señor Jesús lo miró desde el cielo y le dijo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Saúl cayó postrado, y también su auto justificación. Después, es posible que lo escuche decir: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de Cristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”. Que todos nos vayamos a casa así, y derribemos nuestra justicia propia.

Deténgase un momento, no estoy muy seguro de que podamos hacer todo esto a la vez. Mi justicia propia la siento en mi propio corazón, como algo así como esas colosales estatuas de Egipto, y cuando trato de romperlas en pedazos, no puedo más que desfigurarlas; consigo arrancar una astilla aquí y otra allá, pero la estatua sigue ahí, no con toda su simetría anterior, pero sigue allí.

De todos modos, si usted y yo no podemos deshacernos por completo de nuestra justicia propia, nunca dejemos el hacha y el martillo hasta que lo hayamos destruido. Vayamos a casa hoy y demos otro golpe a este viejo enemigo, vayamos a casa para darle otro golpe al dios colosal, y tomemos el cincel y el martillo, y una vez más tratemos de desfigurarlo. Este es el resultado apropiado de la ministración de la Palabra de Dios, destruir y cortar en pedazos, y quebrantar por completo nuestra justicia propia.

Hay otros dioses todavía adorados en este mundo, para ser execrados con implacable indignación. Hay uno que seguramente se romperá, tan seguro como que un hombre se convierte en cristiano, quiero decir Baco, ese dios alegre a quien tantos adoraban en días de antaño con loca juerga, y que todavía es adorado por decenas de miles de ingleses. Quizás sea el gran dios de Gran Bretaña. Estoy seguro de que tiene muchos templos, porque apenas hay un rincón de alguna calle en el que no contemplemos su imagen, o veamos a sus devotos vertiendo libaciones ante él. Es un dios que es adorado con vacilaciones y tambaleos. Los hombres se emborrachan en su presencia, y también le rinden homenaje.

Ahora, vosotros que sois borrachos, si os hacéis cristianos, eso volcará el fondo de vuestra copa hacia arriba de una vez y para siempre. Ya no habrá más embriaguez para ti, y por la gracia de Dios dirás: "Los que se emborrachan, se emborrachan de noche, pero seamos sobrios los que somos del día. Renuncio a esta práctica de la embriaguez, no puedo tener nada más que ver con ella".

Bendito sea Dios, hay muchos aquí presentes que han salido de este salón para demoler a este dios. ¡Vaya! si fuera justo relatar los casos que nos han sido contados en privado, podríamos decirlos hoy mismo, no de uno, ni de dos, ni de veinte, sino de cientos, que según creemos, alguna vez hicieron de sus casas un infierno, que trataban con brutalidad a sus esposas y con descuido a sus hijos, cuyas casas estaban vacías, porque todo artículo que tenían era vendido por la bebida maldita. Han oído el Evangelio no sólo de palabra, sino también de poder, y ahora su hogar es un paraíso, su casa se alegra con la oración, sus hijos se crían en el temor del Señor.

Hemos visto las lágrimas de alegría de la esposa cuando dijo: "Bendito sea el Señor por los siglos, y bendito sea el nombre del Evangelio, porque una desdichada ha sido hecha feliz, y la que era esclava y esclava de uno que era como un demonio, ahora se ha convertido en la compañera de alguien a quien ella considera como un poco menos que un ángel". Ay, que este sea el efecto con algunos de ustedes, porque hay algunos aquí hoy, no lo dudo, que todavía adoran a esta deidad que todo lo degrada, la deidad de la embriaguez.

Permítanme hablarles de otro dios, que debe ser derribado con tanta certeza por cualquier hombre que adore a Jehová correctamente, y ese es el dios de la lujuria, ¡oh! este mundo no

es tan bueno como parece. Apenas se escucha al ministro en estos días hablar de fornicarios, adúlteros y cosas por el estilo, pero no todos están muertos. Hay tales que se encuentran, tales en cada congregación que temo. Nuestras calles aún no se han vuelto tales como en las que la castidad podría caminar a la medianoche, ni los principales lugares de la tierra se han vuelto limpios y purificados. Hay mucha contaminación escondida para ser arrastrada y echada en Cisión. Incluso en los lugares altos, el pecado es tolerado, los hombres son respetables, que han enviado a sus semejantes al infierno, y ellos mismos van allí, pero una vez que la gracia entre en el corazón, y lejos con estos, se abandona la lujuria más querida, y lo que se pensaba que era el mayor placer, ahora se mira con aborrecimiento y desprecio.

Si usted, mi oyente, vive en la lujuria y, sin embargo, hace una profesión de religión, abandone su profesión, porque es una mentira terrible. ¡Fuera esa profesión, porque es una vanidad vacía! ¡fuera con eso! Sólo contribuirá a su destrucción, y no puede salvarlos de la terrible condenación del hombre que prosigue en su iniquidad. Una cosa feliz para un hombre es cuando se va de la casa de Dios con la resolución de que la lujuria será abandonada, y todo placer pecaminoso desechado.

También están los dioses de negocio, pero no debo tocarlos, por supuesto. El ministro no tiene nada que ver con los negocios, le dicen. Mantenga siempre cerrada la puerta de su despacho, no deje entrar al ministro, pero el ministro sabe por qué está excluido. ¿No es porque hay secretos de tu prisión que no habrías revelado? Hay cosas hechas que pasan por honestas entre los comerciantes, que si se ponen en la balanza del santuario se encuentran muy deficientes. Quisiera que el resultado de nuestra predicación a nuestros oyentes fuera tal que sus acciones fueran más rectas y su conducta más semejante a la de Cristo en sus asuntos diarios.

Escuché de una mujer que una vez fue a escuchar a un ministro, y cuando él llamó para verla el lunes, le preguntó cuál era el texto. Ella respondió: "Fue un sermón bendito para mí, señor, pero olvidé el texto". "Bueno, ¿cuál era el tema, mi buena mujer?" "¡Vaya! No lo sé, ahora lo olvido". "Bueno", dijo él, "entonces no puede haberte hecho ningún bien". "Sí, lo hizo", dijo ella, "porque, aunque olvidé el sermón, no me olvidé de quemar mi celemín cuando llegué a casa". El caso es que ella tenía un celemín que daba medida falsa a sus clientes, y aunque olvidó de qué se trataba el sermón, no se olvidó de quemar su medida falsa.

Si alguno de vosotros está en el negocio y tiene medidas falsas, aunque puede olvidar lo que digo, no se olvide de quebrar su medida de la yarda, y de enderezar sus pesas, y de remodelar su negocio, y de "hacer a los demás como querían que hicieran con ustedes". Rompe en pedazos los dioses de tus negocios, si no has cumplido con todo tu corazón los estatutos del Dios de Israel. Si no puede servir a Dios en su negocio diario, entonces abandone ese negocio o modifíquelo para que pueda hacerlo.

Y ahora, ¿quién hay entre nosotros que no tenga alguna imagen que romper? A veces he pensado que había roto todos los míos en una temporada, porque he tenido la voluntad de hacerlo, pero ¡he aquí! He caminado por el templo de mi corazón, y he visto en algún rincón oscuro un ídolo aún en pie. Que sea derribado, he dicho, y usado el mazo sobre él, pero cuando pensé que lo había limpiado todo, todavía había una figura gigantesca parada allí, porque puedes estar seguro de que hay un ídolo del cual nunca podremos limpiar completamente nuestros corazones, aunque lo intentemos y aunque con la fuerza de Dios le demos un golpe todos los días; es el dios del orgullo.

Cambia su forma continuamente, a veces se llama a sí mismo humildad, y comenzamos a inclinarnos ante él, hasta que descubrimos que nos estamos enorgulleciendo de nuestra humildad. En otro momento asume la moda de la escrupulosidad, y empezamos a quejarnos de esto y recriminar al otro, y todo el tiempo estamos jugando con nuestra propia santidad profesada, y nos estamos inclinando ante el santuario del orgullo religioso. A veces pensamos que estamos alabando a Dios cuando nos alabamos a nosotros mismos, y oramos a veces para que Dios nos prospere haciendo el bien, y nuestro mayor deseo es ser honrado, no que Su nombre sea glorificado.

Este ídolo debe ser derribado, pero es de tal forma y tal forma, que supongo que le irá como a Dagón. Cuando el arca fue traída a la casa, se dice que Dagón cayó sobre su rostro en tierra ante el arca del Señor, y su cabeza y las palmas de sus manos fueron cortadas, sin embargo, el muñón de Dagón quedó. Así será con nosotros, me temo, el tronco de Dagón aún permanecerá, hagamos lo que hagamos.

Entonces, cada uno de nosotros vayamos hoy a nuestro secreto y comencemos a abrir la puerta de los aposentos de nuestro corazón, y caminemos a través de todos ellos, y digamos: "¿Qué tengo que romper, qué tengo que derribar, qué tengo que destruir?", y tengamos mucho cuidado de destruir todo a lo que podamos acercarnos. ¡Oh, mis oyentes! cómo quisiera que estuviéramos más atentos a los efectos que produce en nosotros la predicación.

2. Vayamos ahora un paso más allá, y consideremos lo que es **TALAR LAS ARBOLEDAS**.

Las arboledas son los lugares donde se han instalado esas imágenes. No había nada, fíjate, positivamente pecaminoso en la arboleda. No podía haber nada malo en un grupo de árboles. Eran muy hermosos, eran obra de Dios, pero habían sido usados para un propósito idólatra, y por lo tanto debían bajar. Si algunos de los profesantes perezosos de esta época hubieran estado presentes, habrían dicho: "Rompan al dios", eso es correcto, golpéalo, hazlo pedazos, pero no cortes los árboles. Puedes usarlos para propósitos muy apropiados, bueno, incluso puedes ir allí a orar. Allí puedes sentarte y refrescarte, y bajo su agradecida sombra puedes incluso adorar al verdadero Dios.

“No”, dicen estos reformadores. “Cortaremos los árboles y todo, porque las imágenes se han albergado bajo su cubierta”. Ahora, voy a levantar el hacha para quitar algunos de los árboles, donde algunos de ustedes al menos se han contaminado con los dioses falsos de la idolatría de este mundo.

La primera arboleda que debo atacar es el teatro. Algunos me han dicho que en el teatro hay muchas cosas que podrían hacer bien. Hay obras, me dicen, que podrían escucharse con provecho y creo que las hay. Me han vuelto a decir que hay algo tan placentero, tan agradable, tan interesante en ellas que uno podría instruirse allí, y que especialmente las obras de Shakespeare contienen sentimientos tan nobles, que un hombre debe sentir su alma elevada y su corazón ampliado mientras presenciaba su actuación. Sin embargo, tendré esta arboleda abajo, cada parte de ella. Está muy bien que lo elogies, no voy a discutir contigo, pero se ha adorado a dioses falsos en estos lugares, y todavía se los sigue adorando, así que corta todo árbol de ellos.

¡Vaya! los tendrías a salvo, ¿verdad? ¿Qué árbol de toda la arboleda no ha sido contaminado por una ramera? ¿Qué teatro en el mundo no es la misma guarida y nido de abominable iniquidad, obscenidad y lujuria? ¿Es posible que algún hombre entre y salga de uno de ellos sin contaminarse? Si es posible, supongo que sólo es así con los hombres que son tan malos que no pueden ser peores de lo que son y, por lo tanto, no pueden ser contaminados.

Para la mente cristiana, hay algo horrible en todo el asunto. Él puede creer que hubo momentos en que el teatro podría haber sido rentable. Mira hacia atrás a los días de los griegos y los romanos, y siente que entonces podría haber sido la palanca de la civilización.

Pero desde aquellos viejos tiempos, descubre que el diablo se ha convertido en el dios del teatro, y el dios que es adorado diligentemente no es otro que Belcebú, y por eso dice: “No, si soy cristiano, por la gracia de Dios, nunca más volveré a pisar ese lugar. Deja que otros vayan allí si les place, si pueden encontrar un interés bajo la sombra de sus árboles, que se sienten allí, pero recuerdo, en los días en que fui allí, adoraba a Baco, adoraba las iniquidades de todas las formas. Para mí ir allí sería ponerme en el camino de la tentación. Por lo tanto, abajo con este árbol, lo aborrezco, paso por el otro lado, antes que entrar en contacto incluso con su sombra”.

Ahora, los hombres pueden pedir las disculpas que les plazca, pero la cosa está clara para mí, que ningún hombre puede ser un verdadero hijo de Dios y, sin embargo, asistir a esos lugares del vicio. No me importa, aunque me consideren demasiado severo. Es mejor usar la severidad que permitir que las almas perezcan sin previo aviso, Dios mismo ha anexado al teatro la advertencia de tu propia destrucción, porque, mirándote fijamente a la cara, hay una

mano con estas palabras escritas: "Al abismo". Y, en verdad, es el atajo al infierno y al abismo que no tiene fondo.

Pero hay otras arboledas que deben bajar también, está la taberna, como la arboleda, cosa muy excelente en sí misma, la taberna se necesita en algunos lugares para el refrigerio de los viajeros, y la posada es una gran ventaja de la civilización, pero sin embargo, el hombre cristiano recuerda, que en la taberna, falsos dioses son adorados, recuerda que la compañía de la taberna no es la comunión de los santos, ni la asamblea general e iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo.

El cristiano puede tener que entrar en la taberna, su negocio puede llevarlo a veces allí, pero será como un hombre que atraviesa un chaparrón, llevará un paraguas mientras lo atraviesa, y saldrá de tan pronto como pueda. Así lo hará el cristiano, tratará de protegerse contra el mal mientras esté allí, pero no se quedará ni un momento más de lo que exige la necesidad imperiosa.

La taberna, he dicho, fue originalmente un instituto de civilización, y es en la actualidad una cosa que no se puede abandonar, pero no obstante esto, que ningún cristiano, ni ningún pretendiente al cristianismo, recurra habitualmente a tales lugares, ni que se siente con los profanos que generalmente se reúnen allí. Creo que hay hombres cristianos que muchas veces son tentados a las malas compañías por los clubes y sociedades benéficas que se hacen en tales lugares, si no hay sociedades benéficas sino las que se hacen en las tabernas, confía en Dios y no tengas nada que ver con las sociedades en absoluto.

Pero hay otros, y no tienes ninguna necesidad de lastimar y contaminar tu carácter relacionándote con aquellos que se encuentran en tales lugares y te llevan al pecado. "Bueno", dice uno, "pero puedo hacerlo y, sin embargo, no estoy herido". Me atrevo a decir que tú puedes, yo no pude. Si las brasas no me quemaran, me ennegrecerían y, por lo tanto, no tendría nada que ver con ellas.

Sin embargo, hay algunos profesantes que son como el cochero de la anciana. Hizo un anuncio para un cochero, y tres la atendieron. A uno le dijo: "¿Qué tan cerca podrías conducir del peligro?" "Señora", respondió, "podría conducir, me atrevo a decir, dentro de seis pulgadas, y aun así estar a salvo". "Entonces no me convienes en absoluto", dijo ella. Ella le preguntó al siguiente: "¿Qué tan cerca puedes tú conducirme al peligro?" "Conduciría dentro del grosor de un cabello". "Entonces no me convienes". Al tercero se le preguntó: "¿Qué tan cerca puedes tú conducir hacia el peligro?" "Señora", dijo él, "eso es algo que nunca probé, porque siempre conduzco lo más lejos posible del peligro". Ella dijo: "Entonces me convendrás". Ese es mi consejo para todos los profesantes de religión.

Debo hacer la misma observación con respecto a los pasatiempos, los pasatiempos pueriles y los placeres de los ricos, y de aquellos que se reúnen para propósitos, no para el pecado, sino de lo que ellos llaman recreación. Bailar en el salón de baile: ¿hay algo pecaminoso allí? Yo digo, ¡No! no más de lo que había en los árboles que rodeaban la imagen. Sin embargo, cortaré los árboles debido a su asociación con las imágenes. Debo haber terminado con toda diversión de tal tipo que no pudiera presentarme ante mi Dios mientras estaba en el acto.

El cristiano debe recordar que "a la hora que no piensa, viene el Hijo del hombre". ¿Le gustaría que su Maestro viniera y lo encontrara en la sociedad de los frívolos, enfrascado en los vertiginosos laberintos del baile? No creo. Quizás uno de los últimos lugares en los que le gustaría que lo encontraran sería allí. ¡Bailando! mientras el infierno se llena y los pecadores perecen!

¡Qué! ¿Deben los hombres cristianos ser los salvadores del mundo y, sin embargo, perder el tiempo de esa manera? ¿No hay pobres a los que socorrer, ni enfermos a los que visitar? ¿No hay guaridas de esta gran metrópoli en las que los siervos de Cristo deban entrometerse? ¿No hay niños a los que enseñar, no hay ancianos que necesiten ser guiados a Jesús, no hay nada que hacer en esta gran viña, este gran campo del Señor, para que un cristiano pueda darse el lujo de perder el tiempo de esa manera? Que lo haga el mundano si quiere, no tenemos derecho a hablar con él al respecto, pero las diversiones que son adecuadas para él no lo son para nosotros. Que haga lo que le plazca, pero nosotros somos los siervos de Dios.

Profesamos que todo lo que tenemos y todo lo que somos se entrega a Cristo, y ¿puede eso ser consistente con la pérdida de tiempo que implican las diversiones frívolas en las que tantos se complacen? No condeno la cosa en sí misma, como tampoco condeno la arboleda. Lo condeno por sus asociaciones con muchas cosas que deben ser evitadas por el cristiano, bromas, charlas lascivas y necias, y muchos pensamientos impíos, que necesariamente deben surgir. Abajo los árboles por completo, porque allá han sido adorados dioses falsos.

Eres demasiado duro, mucho, algunos responderán, bueno, me atrevería a decir que lo soy, pero no soy más duro que la Palabra de Dios. Si lo soy, rechace cualquier cosa que no esté de acuerdo con la Palabra de Dios, pero no me encontrará comenzando a contemporizar todavía, se lo aseguro. Aunque sé que una cosa es verdad, no soy hombre para tartamudear al decirla. Lo que no haría yo mismo, no lo harían otros que son hombres cristianos y que son seguidores del Señor Jesucristo.

Ahora, debo levantar el hacha contra otro mal, los libros. Hay muchos libros que deben ser tan estimados por el hombre cristiano, que deben ser cortados como las arboledas, no porque sean malos en sí mismos, fíjate, sino porque allí se adora a dioses falsos. La lectura de novelas está de moda en la actualidad. Voy a un puesto de libros de ferrocarril y no puedo ver un libro

que pueda leer. Tengo uno, y es todo basura. Busco algo que sea realmente valioso, pero me dicen: "No se vendería aquí". El hecho es que nada se venderá excepto lo que es liviano, superficial y frívolo, por lo que todo viajero se ve obligado a consumir alimentos como esos, a menos que lleve consigo algo mejor.

¿Digo por tanto que el hombre cristiano debe condenar toda lectura de ficción y novelas? No, no lo hago, pero sí digo que la masa de libros populares publicados bajo el nombre de literatura ligera debe ser evitada y recortada, por la sencilla razón de que la moraleja de ellos no es la de la piedad y la bondad, la tendencia de la lectura no es llevar al cristiano hacia el cielo, sino más bien retrasarlo e impedirlo en su buen camino.

Levanto mi hacha contra muchas obras que no puedo condenar, si las miro abstraídamente en sí mismas, pero que deben derribarse, porque recuerdo cuánto de mi precioso tiempo perdí en lecturas tan insípidas, y cuántos años en los que podría haber tenido comunión con Cristo han sido desechados, mientras que tontamente he estado complaciendo un vicioso gusto por lo romántico y lo frívolo. No, hay muchas cosas que no son malas en sí mismas, pero que, sin embargo, el verdadero cristiano debe abandonar porque han tenido, y tienen, asociación con cosas positivamente malas. Así como estas arboledas deben ser cortadas, no porque pueda haber pecado en los árboles, sino porque los árboles han sido asociados con la adoración de ídolos.

¿Recuerdas el dicho memorable de John Knox cuando expulsó a los romanistas, fue inmediatamente a derribar sus capillas? Reunió a la multitud y comenzó a revisar todos sus lugares de culto. ¿Por qué debería John Knox entrometerse con ellos? "Arrancaré los nidos", dijo, "entonces estaré seguro de que los pájaros nunca volverán". Así lo haría hoy. No solo ahuyentaría a los pájaros, el pecado, el mal, sino que derribaría el nido, para que no haya tentación en ustedes de volver nuevamente al pecado.

"Salid de en medio de ellos, y apartaos, y no toquéis lo inmundo, y yo seré para vosotros por Padre". Salid del mundo, hijos de Cristo. No tengan nada que ver con sus disfrutes, ni con sus artificios. Seguid al Cordero por dondequiera que vaya. No os prostituyáis tras estas iniquidades, sino bebed las aguas de vuestra propia cisterna, y sed siempre embelesados con Su amor que es vuestro Señor, vuestro marido, vuestra esperanza, vuestro gozo, vuestro todo.

3. Además, no sólo quebraron las imágenes y talaron las arboledas, sino que TIRARON LOS LUGARES ALTOS Y LOS ALTARES DE TODO JUDÁ Y BENJAMIN.

Este fue quizás el trabajo menos necesario, pero mostró la plenitud de su deseo de servir al Señor. Estos altares fueron contruidos para el servicio del Dios verdadero, pero fueron contruidos en contra de Su mandato expreso. Dios había dicho que tendría un solo altar, a saber, en Jerusalén. Esta gente, para evitar molestias y problemas, pensaban construir altares

dondequiera que vivían, y allí celebrar su culto.

¡Puedo concebir que adoraron a Jehová con todo su corazón, y que Él podría aceptar con gracia incluso tal adoración a través de Cristo Jesús, pasando por alto su ignorancia y echando su pecado a sus espaldas! Pero ahora que su celo se encendió, sus conciencias se volvieron escrupulosas, por lo que resolvieron no solo evitar las cosas que son positivamente pecaminosas, sino que no tendrían nada que ver con nada que no sea positivamente correcto. Entonces comenzaron a derribar los altares de Dios porque no estaban contruidos de acuerdo con la ley de Dios.

Esta es entonces una tercera reforma que debe resultar del ministerio, y la reunión del pueblo cuando tenemos tiempos de refrigerio de la presencia del Señor. Debe haber un derribo de todo lo relacionado con la adoración verdadera que no está de acuerdo con la ley de Dios y la Palabra de Dios. Como sucedió con la adoración de Israel en la antigüedad, así sucede ahora con la de la iglesia cristiana. Lo puro se alía con lo bajo, lo genuino con lo espurio, la revelación divina con la tradición humana, y los decretos inspirados del cielo con las invenciones y artimañas de los hijos de los hombres. Algunas falacias se perpetúan de generación en generación, hasta que el tono profundo de la antigüedad las tiñe, las hace parecer venerables e invita engañosamente a una reverencia y consideración a las que nunca tuvieron un derecho legítimo.

Tenemos en este país, siete u ocho formas diferentes de la religión cristiana. Algunos de estos están en completa discrepancia y contradicción con otros. Algunas de hecho, creo sinceramente, son contradictorias en sí mismas. Todos estamos, confío, edificando sobre un fundamento seguro para la eternidad, si creemos en el Señor Jesucristo y nos atenemos a las doctrinas fundamentales del Evangelio, a pesar de nuestras muchas discrepancias dolorosas, que deben implicar error.

Los cristianos evangélicos se encuentran en todas las sectas y denominaciones que llevan el nombre de nuestro único Señor común, sí, hay algunos que hasta ahora nunca han tomado sobre sí Su nombre por profesión pública, que lo siguen devotamente en secreto. Pero fíjense bien en esto, si la gracia de Dios es restaurada una vez más a la iglesia en toda su plenitud, y el Espíritu de Dios es derramado desde lo alto, con toda Su energía santificadora, vendrá un zarandeo como nunca se ha visto en nuestros días. Queremos que uno como Martín Lutero se levante de su tumba. Si Martín Lutero visitara ahora nuestras llamadas iglesias reformadas, diría con toda su santa audacia: "Yo no era ni la mitad de reformador cuando estaba vivo antes, ahora lo haré a fondo".

Cómo os exhortaría a desechar vuestras supersticiones, a abolir todos los ritos, formas y ceremonias que no son de designación divina, y una vez más, en la integridad de la fe sencilla,

a adorar solo al Señor Dios, solo de esa manera, que el Señor Dios mismo ha ordenado. Que todos estos, como esos altares del judaísmo, sean echados por tierra y eliminados por completo o sólo deseo ser cristiano, sino ser plenamente cristiano, andando en todos los caminos de mi bendito Maestro, con un corazón perfecto, y deseo para todos mis hermanos y hermanas en Cristo aquí, no sólo que puedan tener gracia suficiente para salvar sus almas, pero gracia suficiente para purificarlos de todas las artimañas de los hombres, de toda doctrina falsa, de toda práctica falsa, y de toda cosa mala.

¿Hablas ahora de doctrina? ¿No hay dos clases de doctrinas profesadas entre los cristianos, una arminiana y otra calvinista? No podemos tener razón los dos, es imposible. El arminiano dice: "Dios ama a todos los hombres por igual". "No es así", dice el calvinista. "Él nos ha probado a muchos de nosotros por Su gracia gratuita y distintiva que Él nos ha dado más que a otros, no por el mérito de nuestros méritos, sino según las riquezas de Su misericordia, y el consejo de Su propia voluntad".

El arminiano supone que Cristo ha comprado a todos los hombres con Su sangre, y, sin embargo, que multitudes de estos redimidos perecen. El calvinista sostiene que nadie puede perecer por quien Jesús murió, que Su sangre nunca fue derramada en vano, y que de todos aquellos a quienes Él ha redimido, ninguno perecerá jamás. El arminiano enseña que, aunque un hombre debe ser regenerado y convertirse en un hijo de Dios hoy, mañana puede ser expulsado del pacto y ser tan hijo del diablo como si no se hubiera producido ningún cambio espiritual en él. "No es así", dice el calvinista, "la salvación es solo de Dios, y donde una vez que Él comienza, nunca se detiene, hasta que haya terminado la buena obra".

Qué obvio es que ambos no podemos tener razón en asuntos en los que discrepamos tanto. Os exhorto, pues, hermanos míos, después de haber quebrado vuestras imágenes y talado vuestros bosques, den un paso más y derriben los altares falsos. Sólo puedo decir por mí mismo: "Si me equivoco, deseo que se me corrija", y por ti estoy solemnemente preocupado: "Si te equivocas, que Dios te ayude a juzgar correctamente y te lleve a ver la verdad y abrazarla y mantenerla con fervor y valentía".

Me gusta que seáis caritativos con los demás, pero no seáis demasiado caritativos con vosotros mismos. Deje que otros sigan sus propias convicciones de conciencia, pero recuerde, no es su conciencia la que debe ser su guía, sino la Palabra de Dios, y si su conciencia está equivocada, debe llevarla a la Palabra de Dios para que pueda ser reprendida, y "transformados por la renovación de vuestra mente", es para que hagais lo que Dios te dice, como Dios te lo dice, cuando Dios te lo dice y como Dios te lo dice.

Perdónenme por un momento, si me arriesgo a disgustar a alguien a quien amo al referirme a una ordenanza de la iglesia sobre la cual es probable que no estemos de acuerdo.

El rito sagrado del bautismo se administra en un gran número de iglesias a los niños pequeños bajo el apadrinamiento de sus tutores o amigos, mientras que muchos de nosotros consideramos que la Sagrada Escritura enseña que solo los creyentes (sin tener en cuenta su edad) son los sujetos apropiados. del bautismo, y eso sobre una profesión personal de su fe en Cristo.

Veo a un hombre que toma en sus brazos a un bebé inconsciente y dice que lo bautiza. Cuando vuelvo a mi Biblia, no puedo ver nada de este tipo allí. Es cierto que encuentro al Señor Jesús diciendo: "Dejen que los niños pequeños vengan a mí", pero eso no proporciona ningún precedente para llevar un niño pequeño al ministro, quien no podía venir, que era demasiado pequeño para caminar, mucho menos para pensar. y entender el significado de estas cosas.

Aún más, cuando Jesús dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos", vinieron a Él, pero no encuentro que Él los bautizara o rociara en absoluto, les dio su bendición y se fueron. Estoy seguro de que no los bautizó, porque está expresamente dicho: "Jesucristo no bautizó, sino a sus discípulos". Entonces, que ese pasaje no favorece al Paedobautista, es bien claro.

Sin embargo, me informan que la razón por la cual los niños son bautizados es que se nos dice en la Biblia que los hijos de Abraham fueron circuncidados. Esto me desconcierta, no puedo ver ninguna semejanza entre las dos cosas. Pero, ¿quiénes eran las personas circuncidadas? Eran israelitas. ¿Por qué fueron circuncidados? Porque eran israelitas. Esa es la razón, y digo que no dudaría en bautizar a cualquier cristiano, aunque sea un niño en Cristo, tan pronto como conozca al Señor Jesucristo, aunque solo tenga ocho días en la fe, si prueba que él es israelita en el espíritu, yo lo bautizaré. No tengo nada que ver con su padre o su madre en la religión.

La religión es un acto personal hasta el final, otro hombre no puede creer por mí, no puede arrepentirse por mí, y otra persona no puede dar por mí la respuesta de una buena conciencia hacia Dios en el bautismo y hacerlo en mi nombre. Debemos actuar sobre nuestra propia responsabilidad individual en la religión por la gracia de Dios, o de lo contrario, la cosa prácticamente no se hace en absoluto.

Ahora, creo que muchas personas piadosas adoran a Dios con sinceridad en este altar del bautismo infantil, pero tengo igualmente claro que es mi deber hacer todo lo posible para derribarlo, porque no es el altar de Dios, el altar de Dios es el bautismo de los creyentes. ¿Qué le dijo Felipe al eunuco? "Si crees de todo corazón, puedes". "¡Mira! aquí hay agua", dijo el eunuco. Sí, pero eso no era todo, debe haber fe, así como agua, antes de que pueda haber un bautismo legítimo, y todo bautismo que se administra a cualquier hombre, a menos que él

mismo lo pida con profesión de su fe en Cristo, es un altar en el que yo no podría adorar, porque no creo que sea el altar de Dios, sino un altar originalmente construido en Roma, cuyo modelo ha sido adoptado aquí, para estropear la unión de la Iglesia y para gran daño de las almas.

Ahora, todo lo que pido a aquellos que difieren de mí en opinión es simplemente que miren el asunto con honestidad y calma. Si pueden encontrar el bautismo de infantes en la Biblia, entonces que lo practiquen y adoren allí, si no pueden, que sean honestos y vengan y adoren en el altar de Jerusalén, y solo allí.

Una vez a una anciana se le prometió una Biblia si encontraba un texto que aprobara el bautismo infantil. Ella solo pudo encontrar una, y esa fue: "Sométanse a toda ordenanza humana, por causa del Señor". El ministro le regaló la Biblia por su ingenio, admitiendo que era una ordenanza del hombre, y no un error. Cito este caso del bautismo de infantes, como solo uno de muchas corrupciones que se han infiltrado en nuestras iglesias. Está bastante claro que todas las sectas no pueden tener razón. Pueden tener razón en cuanto a los puntos principales esenciales para la salvación, aunque en sus discrepancias entre sí revelen errores.

No quiero que creas que tengo razón, sino que recurras a las Escrituras y veas qué es lo correcto. Debe llegar el día en que el Episcopado, la Independencia, el Wesleyanismo y todo otro sistema, deben ser leídos por la Palabra de Dios, y toda forma abandonada que no sea aprobada ante el Altísimo.

Espero poder alzar siempre mi voz contra esa caridad que crece entre nosotros, que no es sólo caridad hacia las personas, sino caridad hacia las doctrinas. Tengo ferviente caridad para con todo hermano en Cristo que difiere de mí, lo amo por Cristo, y tengo comunión con él por la verdad, pero no puedo tener caridad por sus errores, ni quiero que él la tenga por los míos. Le digo directamente a la cara: "Si tus sentimientos contradicen los míos, o yo tengo razón y tú estás equivocado, o tú tienes razón y yo estoy equivocado, y es hora de que nos reunamos y escudriñemos la Palabra de Dios, para ver lo que es correcto".

Hable de sus Alianzas Evangélicas y cosas por el estilo, nunca durarán, pueden efectuar muchos propósitos benditos, pero no son el remedio que se necesita para nuestras divisiones. Lo que se quiere es que todos lleguemos al modelo de la Palabra de Dios, y cuando hayamos llegado a eso, debemos unirnos. Acudamos todos "a la ley y al testimonio". Que el Bautista, el Independiente, el Eclesiástico, dejen a un lado sus viejos pensamientos, sus viejos prejuicios y sus viejas tradiciones, y que cada hombre se examine a sí mismo, como a la vista del Dios Todopoderoso, y algunos de los altares deben venir abajo, porque no pueden ser todos según el tipo divino, cuando su diferencia es tan palpable.

Que el Espíritu de Dios sea derramado en esta tierra, y vendrá una triple reforma como la que he descrito, imágenes rotas, arboledas cortadas y altares caídos esparcidos por los vientos. Y, sin embargo, mis queridos lectores, no les pido que se ocupen primero de esto último. No es importante en comparación con el primero. Primero deben quemarse las imágenes, luego abandonarse las costumbres pecaminosas, y después dejar que las reforme la iglesia. Cada uno de estos en su debido lugar y debido orden es importante, y todos deben ser atendidos.

Sin embargo, una vez más, querido lector, antes de despedirlo, permítame hacerle una pregunta pertinente y apremiante. ¿Qué has obtenido con todo tu oír la Palabra de Dios? Algunos de ustedes han escuchado incontables sermones, difícilmente pueden contar el número de ministros del Evangelio a quienes han escuchado. ¿Qué bien has obtenido como resultado de todos ellos? ¿Ha sido llevado al arrepentimiento? ¿Ha sido llevado a la fe? ¿Eres hecho "hijo de Dios y heredero del reino de los cielos"? Si no, les recuerdo solemnemente que todas sus idas a la iglesia y a la capilla están aumentando su condenación. A menos que te arrepientas, estos privilegios se levantarán en juicio contra ti para condenarte.

¡Ay de ti, Londres, ay de ti, porque si las palabras que han sido predicadas en tus calles hubieran sido proclamadas en Sodoma y Gomorra, hace mucho que se hubieran arrepentido en cilicio y ceniza! ¡Ay de vosotros, hijos e hijas de padres piadosos, niños formados en la escuela dominical, oyentes de la Palabra de Dios, porque "si no os arrepentís, el día del juicio será más tolerable para Tiro y Sidón que para vosotros!" "Hablo como a sabios, juzguen lo que digo", y que Dios los guíe correctamente.